

Eneas de Lengua y Literatura

Octavio Monti



Capítulo 1

Pain

En los pasillos del Instituto recuerdo haber visto por primera vez ese cabello suave, enmarcando tus ojos gélidos y hermosos. Nuestros primeros roces fueron cortos, insuficientes; sentía una extraña sensación de aventurarme en un mundo surreal, con esos salones amplios, los pasillos mal iluminados, y tu absorbente figura.

A través del tiempo descubrimos la aventura de Eneas, comprendimos el pensamiento de los formalistas. Nos adentramos en el núcleo de la literatura, comprendiendo su estructura y desarrollo.

Las primeras noches entre todos olían a miedo y pasiones encendidas; una curiosa locura nos llamaba, y en cierta forma, parecíamos condenados. Por las calles nocturnas nos movíamos en la camioneta de Anquises, conocer en carne propia de los misterios de la oscuridad. Y cada incursión era un extasiado arrojito, entre botellas, condones, cigarrillos, abrazos, risas y llantos.

Pero no estabas, y sentía un vacío doloroso sobre mi pecho. Recuerdo un acercamiento, un ritual privado dirigido hacia vos; te obsequié un libro, creo que era de Borges, y con una mueca de aprobación lo deslizaste dentro de tu mochila. En medio de esa tempestad, sentí gozo de ver como aceptabas mi ofrenda.

Esa felicidad, sin embargo, fue solo un telón detrás del cuál se escondía una puñalada amarga.

Fue aquella maldita noche de teatro en dónde lo comprendí todo, cuando me choqué con la realidad más triste. Cuando fuimos a aquella función, recuerdo haber canjeado algunas sonrisas con vos. En aquel momento, noté un flujo de confianza que surgía en mí; pensé que había traspasado ese océano que nos separaba en miradas. Mientras entrábamos en el imponente teatro, soñaba con tus ojos, tu pelo, tu dulce cuerpo. No sabía que me adentraba, como Eneas, en las puertas del inframundo.

La obra era bella y emotiva; cuando hablaba de amor, tu imagen aguijoneaba mi corazón. Por algún motivo, de pronto me sentía vulnerable. Mi coraza se fragmentaba; tenerte ahí, a tres asientos de distancia, eran enloquecedor.

Recuerdo comentarios de nuestros compañeros, un profesor escapándose antes de tiempo, un estruendoso aplauso, y una algarabía que no tapa mis preocupaciones.

Salimos del teatro en una noche neblinosa y apagada; nuestros caminos se dividieron al instante. Una compañera, una Venus, me acompañó a lo largo de la calle; y allí, angustiado y vulnerable, le confesé los deseos que me atormentaban.

Se prendió un cigarrillo, y fue todo lo suave que pudo: me dijo que estabas con alguien.

Y en aquel momento naufragué; me sentí aplastado por manos colosales. Yo era insignificante, insuficiente; no era un Eneas, apenas llegaba a ser

un marinero que cae del barco envuelto en sueños.

Me desangraba al pensar en que elegido habrías puesto tus ojos; esa mirada que yo creía inconquistable, y que ahora parecía lejana solo para mí. Mi aventura había alcanzado un obstáculo insondable; y lo peor, es que aún me aguardaba una terrible sorpresa más.

Para agradecer la sinceridad y el apoyo de Venus, decidí llevarla hasta su casa en auto; hasta ese barrio que yo sabía que también era el tuyo. Estaba nadando en el Estigio.

Cruzamos una avenida blanquecina y desierta, con escasos rayos de luz que se filtraban en aquel pasaje onírico; y entonces, la condena final que me esperaba. Te vi, surreal y perfecta; te vi caminando al costado de la calle, enmarcada en una neblina que parecía ser tu cómplice. Y te vi alejarte, irte de mí sin que pudiera hacer nada; mi Dido, que nunca había sido mía.

Quedé solo en esa noche, podrido de pena; cuando llegué a mi casa, esa tristeza se convirtió en odio. Y en la oscuridad, lo vomité. Te maldije, te desprecié, y escupí tu linaje. Estaba vacío y solo, hundido en el Tártaro. Ahora los pasillos del instituto eran más oscuros y retorcidos que nunca; sus costados aunaban tristezas, y las clases podían ser un flagelo. Con dificultades, fui capaz de salir adelante; salí del Hades y casi hago pie en Italia. Me esperaba una tierra inhóspita, con sus alegrías y penas; pero en cierta forma, era una alegría que vos no estuvieras ahí.

Ahora si te puedo dejar ir; ya no te amo ni te odio, aunque a ratos hago ambos cosas. Te me escapaste entre los dedos, insinuándome algo que nunca pensabas cumplir. En este acto final, no sé si soy Eneas o Turno.